

Hoy en día es escaso el margen que queda para la invención de nuevos conceptos dentro del mundo plástico y es por eso que desde un principio nos llamó la atención la obra de Ángel Busca. Durante cinco años hemos colaborado en distintos proyectos de exposiciones colectivas en España y Estados Unidos, pero ésta es la primera vez que presenta su obra en solitario en Ansorena tras dos años trabajando para París y Japón.

Ángel Busca no ha renunciado a la pintura como ejercicio de la realidad —quizá como ha sido entendida durante siglos— aunque su lenguaje completamente original e individualizado está lleno de universos subjetivados que son un lazo entre lo real y el mundo afectivo. Nos ha interesado su marcada personalidad, el compromiso demostrado con años de trabajo y la calidad de su técnica.

Su obra es fruto de una visión poética del paisaje que supone un alto porcentaje de su creación. Goza de una mirada que sabe escoger el objeto a representar y juega con la imaginación del espectador apoyándose en referencias reales que despiertan recuerdos a veces guardados en la puerta trasera de nuestras mentes. Se recrea en la ambigüedad que existe entre lo objetivo y lo ensoñado. No falta el entorno familiar en el que el artista profundiza en el mundo de los sentimientos, para traer a nuestros ojos rincones vividos que al pasar por sus manos rompen su apariencia primera.

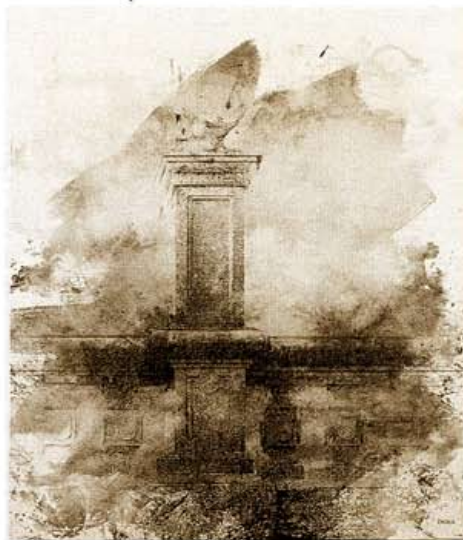
Podemos considerar entonces que la obra de Ángel Busca es nueva y aunque se enmarque dentro del realismo queda al margen de la rama más fría de esta tendencia. Su pintura es testimonial, una clara invitación a un viaje sosegado que nos descubre visiones que seríamos incapaces de apreciar si él no nos las interpretara bajo un manto de nostalgia, consiguiendo que observemos mejor esos lugares que de otra manera pasarían desapercibidos ante nuestra rápida mirada. Como espectadores debemos apreciar la sensualidad de sus obras que es al fin su esencia.

La obra de Ángel Busca no se recrea en logros cromáticos sino que es una pintura de color contenido, de atmósferas suaves, donde la incidencia de la luz es clara y sin bruscos contrastes. Sobre las tablas extiende una base de materia rugosa que invita a la caricia, como si de una escultura se tratase. Después de trabajar profusamente los fondos, en sepias, azules y granitos realiza un minucioso dibujo, perfectamente preciso, donde las perspectivas aéreas y los alzados de arquitecturas nos dan una idea de su notable dominio del oficio. Podemos afirmar que es una opción contraria a la que siguen muchos artistas plásticos de hoy; Ángel Busca representa un camino de vuelta a la figuración desde una base abstracta y el resultado es una pintura con apariencia de antiguos frescos que han sufrido el paso de los siglos.

Su sensibilidad artística, de mirada concisa, elimina aquellos elementos superfluos que comprometan la composición del cuadro. Nunca su mano se pierde en detalles, ni hace gala de un exceso de virtuosismo, sabe cómo y cuándo parar para no perder el fundamento del cuadro, aceptando con sumisión los dictados de esa materia que por sí sola adquiere vida y sugiere los movimientos del pincel.

No podemos negar el acercamiento físico del pintor a la realidad, pero va más allá de lo puramente fotográfico. El mundo interior y solitario de Ángel sólo le pertenece a él; es a veces rotundo y fuerte como los muros de piedra de sus arquitecturas, y otras frágil y perecedero como sus jardines. Estamos ante espejismos rotos por un aire tan denso que podemos tocarlo, nos impide ver la totalidad de la imagen, pero adivinamos presencias humanas apenas reconocibles, ruinas y recodos como en un mundo habitado por espíritus.

Ángel Busca no ha perdido algo esencial y constante en la historia de la pintura universal, la búsqueda de la belleza y la intención de dejar un testimonio vital. Queda en nuestra mano llegar a comprenderlo.



SANTIAGO, 1998
Mixta sobre papel pegado a tabla
72 x 50 cms.